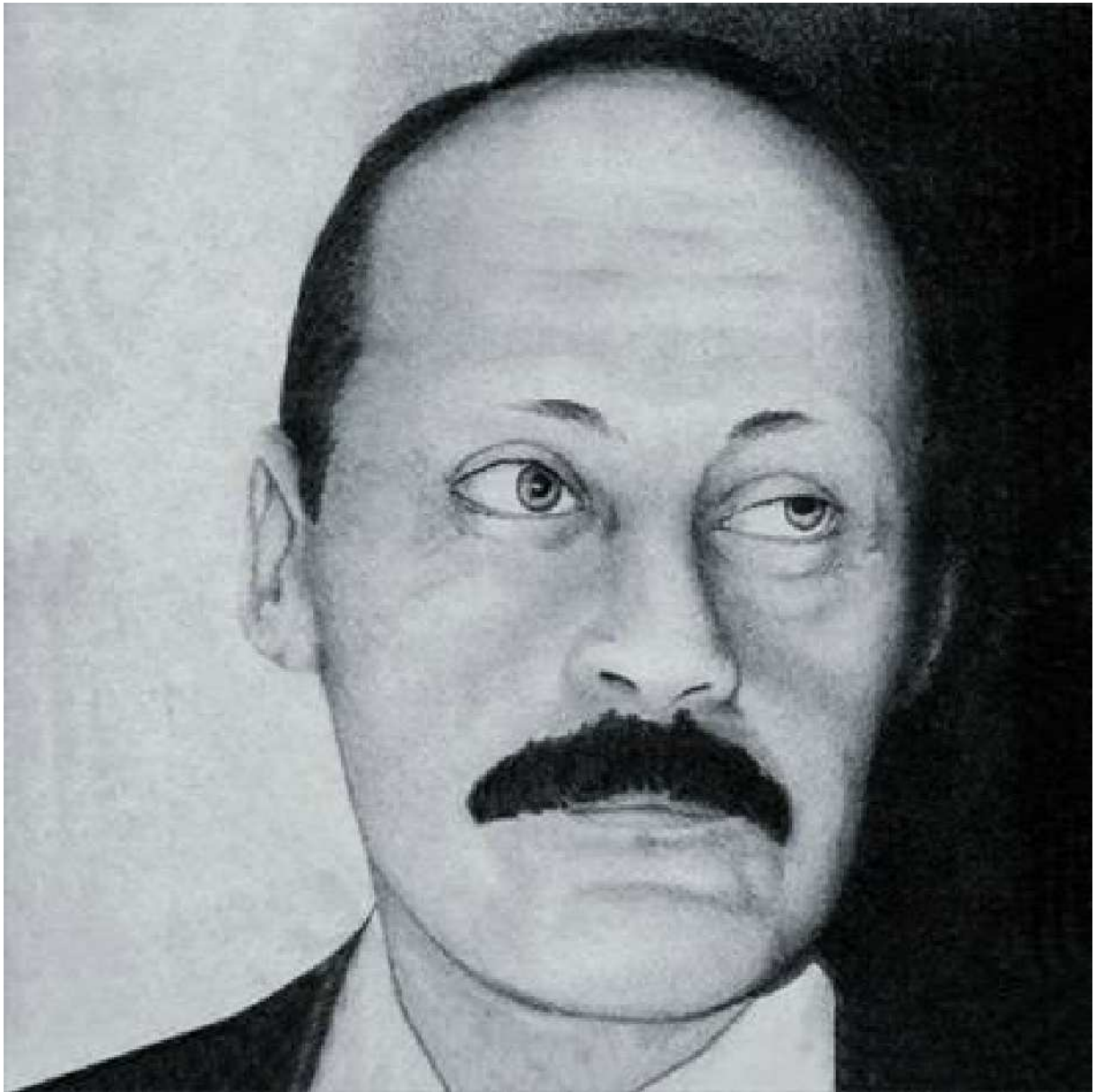


Arquitrave



Jaime Jaramillo Escobar • Le Dat • Krystyna Rodowska
Wanda Coleman • Leopoldo Castilla • Plinio Chahin
Diego Valverde • Damián Kudriavtsev • Augusto Rodríguez
Luis Arturo Restrepo • Paco Umbral [1935 - 2007]

Soy rico

Soy rico,
yo, el señor Nezahualcóyotl.
Reúno el collar,
los anchos plumajes de quetzal,
por experiencia conozco los jades,
ison los príncipes amigos!
Me fijo en sus rostros,
por todas partes águilas y tigres,
por experiencia conozco los jades,
las ajorcas preciosas...

Nezahualcóyotl

Arquitrave

Harold Alvarado Tenorio • Director

Héctor Gómez Guerrero • Secretario de Redacción

<http://www.arquitrave.com>

ISSN: 1692-0066

Año V # 33

Octubre de 2007

Arquitrave se publica con el patrocinio de Alberto da Costa e Silva,
Antonio Caballero Holguín, Cristina Peri Rossi, Consuelo Triviño Anzola,
Daniel Balderston, D. de J. Cordero, Elkín Restrepo, José Prats Sariol, J. D. García Mejía,
J. M. González Martel, L. A. de Villena, Pedro Granados, Raúl Rivero, Ricardo Aguirre,
Rigas Kappatos, Rowena Hill y William Ospina.

JAIME JARAMILLO ESCOBAR

Harold Alvarado Tenorio



Cuando X-504 publicó *Los poemas de la ofensa*, que había ganado el año anterior el Premio Casius Clay, sólo unos pocos espíritus atentos se dieron cuenta de lo que había sucedido, con sus versos, a la lírica llamada colombiana. Uno de ellos, Guillermo García Niño, prestigioso bardo hoy olvidado, celebró su aparición en una nota de las *Lecturas Dominicales* de **El Tiempo**, que dirigía Eduardo Mendoza Varela, otro de los admiradores del poeta, restando precisamente a Gonzalo Arango, a valorar los quilates de poesía que contenía el libro. Desde entonces, Jaime Jaramillo Escobar, que ocultaba su nombre bajo una *chapa* de placa de carro, es uno de los más notables poetas de la lengua, un digno camarada de los peninsulares Gil de Biedma, Caballero Bonald o Ángel González.

«Es el más raro de todos los nadaístas, dijo Gonzalo Arango en 1966- pues trabaja ocho horas al día, cobra quincena, paga impuestos religiosamente; tiene cédula, libreta militar y un certificado falso de buena conducta. Nunca lo han metido en la cárcel porque es muy metódico y ordenado; por fuera no tiene cara de sospechoso, ni de apache, ni siquiera de nadaísta, pues se hace motilar todos los sábados, lee la revista Cromos en la peluquería como cualquier parroquiano que se respete; paga el arriendo (también religiosamente) el último día de mes, y hasta comete la decencia de girar cheques con fondos. El mismo se embola todas las mañanas antes de salir para el trabajo, y a las 8 en punto marca su tarjeta y le da los buenos días al patrón. Almuerza en lóbregos restaurantes para clase media donde no corra peligro de encontrarse con intelectuales, ni con poetas que tengan el desayuno envolado. No habla mientras come, pero tampoco es glotón. No fuma, no bebe, no asiste a fiestas de intelectuales ni de sociedad. Su vida es, en todo, la de un anacoreta, salvo pequeñas aventurillas eróticas que cumple, no digamos arrojado en los hornos de la pasión, sino para estar a paz y salvo con la naturaleza. Pues hasta en esto del sexo él paga sus «deudas» religiosamente.»

Jaramillo Escobar vivía en Barranquilla cuando ganó el premio y nunca cobró los cinco mil pesos que ofrecían. Tenía treinta y seis años, muchos de los cuales llevaba ya trajinados por buena parte de Colombia y varios de los pueblos de su Antioquia natal.

Nació en Pueblorico [1932] bajo el signo de Géminis, fue el mayor de seis de los hijos de Amalia y Enrique, un maestro de escuela y una señora ama de casa de Urrao, donde antes de iniciar el bachillerato ya había leído, en la biblioteca de la escuela de su padre y entre los libros de su madre, toda la buena poesía de entonces. Hizo la primaria en una aldea llamada Altamira y luego el bachillerato en Andes, en el Liceo Juan de Dios Uribe, alejado de su familia que había regresado a Urrao, donde se llegaba tomando

primero caballos hasta el río Cauca, luego un tren hasta Bolombolo y a continuación un bus de escalera.

En Andes conoció a Gonzalo Arango y leyó en todos los libros que había en el colegio porque como no podía ir a su pueblo durante las vacaciones, el rector le dejaba la llave del plantel y en compañía de un celador cuidaban del lugar. Con tan mala suerte, que antes de terminar el bachillerato le cancelaron la matrícula, teniendo que aceptar el cargo de secretario de la inspección de policía de Altamira, que la guerrilla liberal quiso quemar pero un aguacero repentino impidió el asalto y el poeta en ciernes hubo de irse a Medellín, junto a su familia, como otros mas de los desplazados de la violencia colombiana.

Para 1953 el poeta estaba trabajando como técnico de las viejas computadoras en la alcaldía de Bogotá y aburrido del frío se mudó a Cali, donde Gonzalo Arango fue a dar huyendo de los enemigos, que eran los suyos, de Rojas Pinilla. Arango, que viajaba con un joven y bello Amílcar Osorio, le propuso crear el Nadaísmo, movimiento en el cual militó más como figura enigmática que como «compañero de viaje». En Cali Jaramillo Escobar escribió tres de sus libros. *«Me fui para Cali por curiosidad, porque a mí siempre ha atraído Cali –dijo a Luis Fernando Macías-. El destino preferido de los antioqueños era el Valle del Cauca. Todo el mundo se iba para Cali, porque allá dizque vivía el diablo»*. Luego trabajaría tres años en Barranquilla, al lado de Plinio Apuleyo Mendoza. Los setentas los pasó en Bogotá de nuevo en una agencia de publicidad de la cual fue socio con Gabriel Urrea Gómez: *O.P.Institucional Ltda, [1970-1982]*. Quebrada la empresa el poeta se fue a vivir con su pobreza a Cali hasta que un gerente del Banco de la República le invitó, en 1985, a hacer un taller de poesía en la Biblioteca Piloto de Medellín, donde todavía vive y trabaja.

Autor del libro de poemas más notable de la segunda mitad del siglo XX, los otros son *Ritos* [1914], *Libro de crónicas* [1924], *Tergiversaciones de Leo Legrís, Matías Aldecoa y Gaspar* [1925], *Si mañana despierto* [1961] y *Morada al sur* [1963], Jaramillo Escobar concibió y redactó los cuarenta y cuatro desencantados textos de *Los poemas de la ofensa* [1968] a la manera de los versículos bíblicos, con un tono exuberante, rico y sentencioso, tiznado de ironía y quizás como exorcismo a los cotidianos apocalipsis que vivíamos entre el fango de clericalismos y leguleyadas restauradas por el Frente Nacional, cuando cada mañana cientos de hombres y mujeres campesinas eran acuchillados y mutilados, entregados a sus dolientes con sus sexos en las bocas y los vientres abiertos.

Sorprende, entonces, cómo en una sociedad y unas escuelas literarias como las colombianas de mediados del siglo pasado, que entendían, de muchas maneras, el propósito último de los vanguardismos como un elogio del progreso y los llamados avances de las tecnologías, Jaime Jaramillo Escobar decidiera ignorar los lenguajes del presente y navegar por las aguas arriba de las edades eternas, haciendo de los ritos y sus movimientos, la forma de su poesía. *Los poemas de la ofensa* es un libro en el cual predominan los temas eternos a la búsqueda de un presunto destino a la existencia, con un desencanto y sarcasmo encarnados en parábolas y simbolismos que dan cuerpo y dejan entrever una visión maldita del hombre, esa criatura deplorable, peligrosa víctima de sus propios engendros del mal, los crímenes y las guerras. La muerte, en últimas, como lo más banal y cotidiano de nuestra existencia, porque de lo que se trata verdaderamente en la vida es de la carne y del espíritu, es decir, del cuerpo, donde se suman y se restan todas las posibi-

lidades del poema, allí donde yace su origen y su fin. Un largo recorrido por las apariencias de la muerte y los males del hombre culminan en los poemas de Jaramillo Escobar, los de ayer y los de hoy, en la celebración de la carne y sus lenguajes.

Desde los *Poemas de la ofensa*, hasta sus libros más recientes, así su decir se haya ido extendiendo hasta llegar casi que a una narrativa de juglar, los argumentos que han interesado a Jaramillo Escobar bordean zonas como el regusto por lo mórbido, la vida errante y marginal, los climas tropicales, la exaltación de los comportamientos y formas de la belleza de la raza negra y la burla y el sarcasmo de las pasiones eróticas. Los decorados de estos asuntos serán unas veces lugares de miseria y ruina, abandonadas estaciones de ferrocarril, viejas y empolvadas y mugrientas oficinas estatales, prisiones, remotas playas paradisíacas y calurosos lugares de la selva y el mar Pacífico, que en comparación con aquellos lugares citadinos, ofrecen al poeta una comunicación directa con el corazón y la medula de la poesía.

«Este hombre ordenado y tímido, escribió J.G. Cobo Borda, surgido en medio del apocalipsis nadaísta, se ha convertido así, paradoja última, en el autor de una obra que sin renegar del nadaísmo lo prosigue a un más alto nivel y a la vez más profundo: el de la auténtica poesía».

Ha publicado *Alheña & azúmbar*, 1988; *Extracto de poesía*, 1982; *Los poemas de la ofensa*, 1968; *Poemas de tierra caliente*, 1985; *Poemas principales*, 2001; *Sombrero del ahogado*, 1984; *X-504, poeta*. (Selección y traducción: Paulo Hecker Filho), Porto Alegre, 1987. Véase: Andrés Holguín: *Jaime Jaramillo Escobar*, en *Antología crítica de la poesía colombiana*, Bogotá, 1979. Gonzalo Arango: *El poeta X-504 un artista con placa de carro*, *Cromos*, Bogotá, # 2538, Mayo 23 de 1966. Joaquín Mattos: *Escolios a la poesía de Jaime Jaramillo Escobar*, *Boletín cultural y bibliográfico*, # 10, Bogotá, 1987. Juan Gustavo Cobo Borda: *Jaime Jaramillo Escobar*, en *Historia de la poesía colombiana*, Bogotá, 2003. Juan Liscano: *El acto poético de Jaime Jaramillo Escobar*, *El Nacional*, Caracas, Septiembre 5 de 1983. Oscar Collazos: *Jaime Jaramillo Escobar*, en *Historia de la poesía colombiana*, Bogotá, 1991.

CONVERSANDO CON JAIME JARAMILLO ESCOBAR

Harold Alvarado Tenorio



Hay una fotografía donde aparece usted con Gonzalo Arango en el Liceo Juan de Dios Uribe, de Andes, donde estudiaron bachillerato. ¿Fue una mera coincidencia que luego ustedes dos fueran fundadores del Nadaísmo?

Las coincidencias no las aceptan los psicoanalistas. Por tanto, no hay coincidencias. Entonces digamos que son cosas que pasan. Fue una época en que los colegios de bachillerato, así fuera en un pueblo, tenían un sentido intelectual, era el bachillera-

to clásico, y los estudiantes leíamos en una pequeña biblioteca y ahí nos encontrábamos para comentar los libros con gran seriedad, porque en ese tiempo un muchacho de catorce años se consideraba un hombre. Gonzalo Arango y yo, aunque estábamos en grupos diferentes (él me llevaba un año de ventaja en el bachillerato y en la vida), nos encontrábamos en los libros. Había en su casa, en el solar de su casa, que tenían y aún tienen en los pueblos las familias, un kiosco que él mismo construyó para aislarse a leer con algunos compañeros. Esa amistad se hizo por los libros, por las lecturas. Y después duró toda la vida. Porque los libros siempre son nuestros mejores amigos y son los que arman, organizan nuestras mejores amistades. Fue entonces así como nos encontramos.

Yo tenía un periódico de colegio, que circulaba además en el pueblo, hecho en mimeógrafo, y para el cuarto centenario de Cervantes le pedí a Gonzalo Arango que escribiera algo para el periódico. Su primer artículo, su primera página escrita fue sobre el Quijote, publicada en ese periodiquito del que hoy no queda memoria. Después él vino a Medellín a terminar su bachillerato en la Universidad de Antioquia, porque eso le facilitaba el ingreso a la carrera de abogado, que era la más común en ese tiempo para un país de litigantes, y entonces nos separamos hasta que yo volví a Medellín y lo encontré trabajando en la biblioteca general de la Universidad y para la revista, de la cual era secretario de redacción. El director de la biblioteca era el doctor Abel Naranjo Villegas. Gonzalo escribía reseñas y hacía prácticamente todo. Yo colaboraba con él porque tenía tiempo disponible, le ayudaba a corregir pruebas de la revista y él me retribuía dándome acceso a la parte de la biblioteca que estaba vedada para los estudiantes, porque ahí se encontraban los escritores del Índice en compañía de Satanás.

Usted nació en Pueblorrico.

Sí, yo soy de Pueblorrico, en el suroeste antioqueño. Estuve allí hasta los tres años solamente. De ahí la familia se trasladó a Urrao, porque mis padres eran de allá. De esos primeros tres años tengo unos pocos recuerdos, entre ellos la violencia. Porque en esa época también había una guerra que era de tipo político-religioso y por eso mis padres tuvieron que cambiar de residencia. En Urrao vivieron poco tiempo y después pasaron a Altamira, corregimiento de Betulia. Mis recuerdos más lejanos son de la violencia política y religiosa. Que ha existido en Colombia siempre.

En Altamira hice tres años de escuela primaria y el último en Betulia. El maestro que me enseñó a leer y escribir, don Gabriel Caro Urrego, vive acá en Medellín. Algunas veces me veo con él, o hablamos por teléfono, Tiene 85 años, monta a caballo, baila, canta, toca instrumentos de cuerda; está más joven que yo.

Es entonces allí donde usted comenzó a comprar suplementos literarios por kilos.

Sí, eso fue en Altamira, durante la escuela primaria. No había carretera y se necesitaban dos días para venir a Medellín, una parte del trayecto a caballo y otra en un ferrocarril que ya no existe. Para envolver velas y jabón y otros abarrotos, algunos tenderos llevaban de Medellín bultos de periódicos y revistas viejas. Los miércoles llegaban los arrieros con sus cargas, entre ellas los bultos de periódicos, y yo estaba muy atento para ir a una tienda en especial donde compraban grandes cantidades de papel periódico y el dueño me permitía extraer los suplementos y me los vendía por kilos. Entonces yo tenía todos esos suplementos, que en ese tiempo eran muy buenos. Conocí en parte la literatura y la poesía brasileña por

suplementos literarios de Bogotá. Tenía para leer toda la semana. Ese fue mi inicio en la poesía y en la literatura. Recortaba de esos periódicos poemas y los pegaba en unos álbumes de los cuales todavía conservo algunos que le voy a mostrar.

¿Cuáles otros poetas leyó en ese tiempo?

Además de los poetas que se publicaban en los periódicos y revistas, estaba la célebre colección de Simón Latino que después usted ha reeditado con La Gran Colombia de Bogotá. Esos cuadernillos fueron muy importantes en América porque llegaban a todas partes, así fuera el pueblito más lejano, a donde viajaban a caballo después de varios días de camino. Además había otros cuadernillos baratos, que se conseguían con los cacharrereros que iban de vez en cuando al pueblo. Junto con los periódicos era lo principal que yo tenía a mi disposición para leer y esa fue mi escuela de poesía.

En realidad creo que nadie me enseñó nada sobre la poesía. Yo nací aprendido, porque desde el primer momento en que empecé a leer y escribir tuve una comprensión total que hoy, después de diecinueve años en talleres de poesía, encuentro muy escasa en los compañeros de grupo. Tenía esa intuición desde muy pequeño, desde que tengo memoria, desde que aprendí a escribir. Por eso le he dicho a mi maestro de escuela que él fue quien me enseñó a escribir poesías.

¿Usted leyó la Biblia?

Leí la Biblia porque le pedí al cura del pueblo, el padre Morales, Aureliano Morales, que si me la podía prestar. En ese tiempo se consideraba que los niños no la sabrían leer. Pero este padre, a pesar de ser época de rigor extremo en cosas de religión, tuvo la

intuición de prestarme su Biblia, un ejemplar de lujo, empastado en cuero rojo, para un niño de manos sucias. La tuve el tiempo que la necesité, que no fue mucho, se la devolví y nunca le pregunté nada, porque no necesité preguntarle, excepto que me tradujese unas palabras del Latín. Desde entonces ha sido un libro maravilloso para mí.

¿Cuáles serían los autores que más leyó en su juventud?

El más importante en ese tiempo fue Porfirio Barba-Jacob, mi primer maestro de poesía porque era el que estaba en todas partes. Sabía de memoria sus poemas. Los recitaba por esos caminos, que eran trochas. No he dejado de leerlos. Además de eso estaban los poemas de León de Greiff. Sí, admiraba mucho a León de Greiff y me aprendí sus poemas más conocidos entonces. Años después tendría el gusto de hacer su último libro, el «Libro de Relatos». Él hizo la selección; se lo voy a mostrar. Esa edición la hice en Bogotá. Fui amigo de León en sus últimos dos años de vida. Antes no. Yo lo veía en Bogotá y le tenía miedo. Se decía que era mejor no arrimarsele porque uno podía salir regañado. Lo miraba de lejos con mucho respeto, con admiración por su poesía, pero no me atreví a acercármele hasta el día que decidí hacer ese libro. Fue cariñoso conmigo, muy querible, tengo un bello recuerdo de ese tiempo. Lo mismo me pasó con Ciro Mendía, a quien también leí en esos años de que estamos hablando, y tuve igualmente el gusto de hacer su último libro, aproximadamente dos años antes de su muerte. Fue también un amigo muy querido; ya estaba ciego en ese tiempo. Me decía Jaimito, con delicado cariño. Eso en él parecía extraordinario, porque era un hombre fuerte, que no acostumbraba demostrar su afecto con diminutivos. Esos dos maestros fueron y siguen siendo muy importantes para mí, como son siempre todos los maestros en la vida de cualquier escritor que quiera estar despierto mientras vive.

¿Y los poetas del Brasil?

Desde luego, Manuel Bandeira, Carlos Drummond de Andrade, Vinicius de Moraes y todos sus contemporáneos. Aparecían aquí en buenas traducciones. Después llegaron las de Ángel Crespo, y luego en Bogotá, más tarde, estudié portugués con doña Norma Ramos y pude relacionarme mejor con la poesía del Brasil y Portugal. También conocí a Walt Whitman, traducido al portugués en versos cortos.

¿Cómo era ese Gonzalo Arango de su juventud?

Gonzalo era un hombre de fuego, él tenía su propia energía. Coincidíamos en muchas cosas: el amor por la Naturaleza, la afición por el río, y la breve selección de autores. Acostumbrábamos ir al río, porque el colegio de bachillerato de Andes queda en la orilla del río San Juan. Allá hay unos charcos donde íbamos a bañarnos desnudos. Los pantalones de baño eran escasos, caros y feos, y en realidad no se necesitaban. Nos pasábamos todo el día comiendo guayabas y leyendo clásicos, y también improvisando discursos. Discursos no políticos, sino literarios, con nuestros pocos conocimientos, que hoy en día me parecen muchos, pues hacíamos discursos sobre literatura griega. Le hablábamos al río porque allá nadie nos oía ni nos regañaba. El río es ruidoso, tiene muchas piedras. En esa época existía el culto por la elocuencia, y nosotros queríamos ser elocuentes. Era muy lindo ser elocuente. Ahora los poetas ni siquiera saben leer.

¿Dónde está usted, qué lugar ocupa en la fundación del Nadaísmo?

Gonzalo Arango funda el Nadaísmo en Medellín, en agosto del año 58, con un grupo de amigos. En ese tiempo yo vivo en Cali, y de pronto aparece allí Gonzalo con su proyecto del Nadaísmo. Me entero, voy a encontrarme con él, y él convoca a unas reuniones de jóvenes para incitarlos con su propuesta. Nos hacemos todos muy amigos, un grupo que perduró el resto de la vida. Leemos los manifiestos y nos identificamos con el pensamiento de Gonzalo, con sus propósitos en ese momento. Desde luego, me considero en el grupo inicial del Nadaísmo.

Yo había ido en el año 53 a Bogotá, de Bogotá fui a Cali aproximadamente en el 56, y trabajaba en las computadoras de la época. Parecían ballenas que tragaban tarjetas perforadas. En Cali estuve hasta el 62 y regresé a Bogotá. Pensaba que en Bogotá podría tener más facilidades con respecto a las cosas que siempre me han interesado. Allá edité con Gonzalo los ocho números de la revista «Nadaísmo».

¿Cómo son los recuerdos de ese Cali de entonces?

Para mí son espléndidos, nadando en las piscinas, en los ríos. Total, que yo identifico a Cali con el agua. Todos los poemas que hasta ahora he publicado fueron escritos en Cali. Nunca he escrito un poema fuera de Cali, en donde he vivido varias veces. La primera, en la época del Nadaísmo. La última, antes de venirme para Medellín en el año 85. Cali tuvo para mí una magia, un encanto, un misterio. Se origina en que cuando yo estaba niño, en Antioquia, oía hablar de que los antioqueños, aventureros, se iban para el Valle del Cauca y allá vivían una vida muy distinta a la de Antioquia, empezando por la geografía. Desde ese momento el Valle empezó a atraerme con

algo que a la vez era un poco peligroso o malévolo, en regiones de frontera. Aún los antioqueños andaban por toda Colombia abriendo espacios, y como a mí me habían dicho que el diablo vivía en Cali, por eso me fui para allá.

Ahora regresemos a Walt Whitman.

Como te dije, había leído de niño la Biblia. No la lectura que hacen los Testigos de Jehová, ni la lectura dirigida que se hace en las casas. Ni la lectura religiosa, sino la lectura histórica y literaria. Contaría catorce años en ese tiempo. Entonces, cuando me encuentro con Walt Whitman, que tiene su origen en el versículo, veo la gran voz que siempre he creído que debe ser la poesía. La gran voz de la humanidad.

¿Cuando usted escribe Los poemas de la ofensa lo hace de manera deliberada, en el sentido de que desea crear una ruptura con la tradición poética colombiana, o fueron actos aislados, fortuitos?

Aunque me había criado con la métrica y la manejaba muy bien, ya para entonces estaba claro el predominio de otras formas en la poesía. Pero el problema no es de forma, sino de concepto y contenido. Ya te dije que mi psicoanalista no acepta las casualidades. Una vez que nació una plantita inesperada en mi jardín, él empezó a buscar razones lógicas para que así hubiera sido.

Hablemos ahora del seudónimo, de ese seudónimo X-504, que usó usted durante mucho tiempo.

Ese seudónimo, para sorpresa mía, se ha conocido en muchas partes. La traducción que Pablo Hecker Filho hizo en Porto Alegre

conserva el seudónimo, y tengo recortes de periódicos del Brasil que también prefieren utilizarlo. Hoy creo que, excepto por motivos periodísticos, sólo se llega a ser escritor cuando se es capaz de firmar con nombre propio. De todos modos, corresponde con el número de mi cédula de ciudadanía. Gallina lo pone.

Hay varias versiones de cómo ganó usted el premio de poesía nadaísta Cassius Clay.

Cuando se publicaron las bases yo vivía en Barranquilla. El concurso se convocó en Bogotá, y como tenía ese libro inédito hacía años, pues lo mandé a ese concurso. Era una época en que no había muchos concursos de poesía, nunca ha habido muchos concursos de poesía en Colombia. Me pareció que, siendo un concurso del Nadaísmo, yo podía enviar mis poemas, los envié y me olvidé de eso hasta el día en que me llamó Gonzalo Arango para avisarme, o tal vez lo vi en la prensa, no recuerdo bien. Fue una sorpresa. Desde luego, me invitaron a Bogotá para la entrega del premio, que eran cinco mil pesos, pero no me pareció que el viaje se justificara. Hasta hoy, que usted me lo dice, ignoraba que existieran «versiones».

¡Dicen que usted escribe desnudo!

Yo solamente puedo escribir desnudo; no puedo escribir vestido. Cuando se publicó que yo escribía desnudo, los periodistas púdicos empezaron a decir que eso significaba que escribía desnudo de prejuicios. Siempre he estado desnudo de prejuicios, pero cuando digo que escribo desnudo quiero decir en peloto. La ropa es un disfraz, una cobertura que nos ponemos para aislarnos. Siempre vivo desnudo, porque no tengo nada qué ocultar.

JAIME JARAMILLO ESCOBAR

Invitación a comer

Ahora que la fe en el hombre ha
desaparecido de los intelectuales,
y el pesimismo enceguece el pensamiento,
las artes, la literatura,
ahora que el mundo por fin tambalea,
precisamente en este momento tenemos hambre.
En la antigua China las leyes de la moral
se dictaban después de las cosechas,
a causa de que el soberano no quería ser soberano de nada,
y pensaba que más valía ser soberano de un pueblo fuerte,
que ser el triste y pobre soberano de un pueblo arruinado,
amenazado por ávidos enemigos.
Si hombres ambiciosos se adueñan de las tierras,
son responsables por los que mueran
a causa de la falta del grano.
Ellos dicen: –No somos responsables porque no existe Dios,
y si existiera estaría de nuestra parte,
o al menos no le permitiríamos estar de parte de ustedes.
Pero son responsables ante la humanidad y ante
la historia de la humanidad, son responsables
ante el polvo de la Tierra,
inada menos!
Ante su poquito de polvo, ante sí mismos son responsables,
polvo que recibe la condena de su propia alma, polvo
despavorido hasta que la combustión de los astros purifique lo
inmundo en el Universo purificador.

Y el tiempo gira como agua que pasa una esponja sobre la
Tierra astral para brillarla y pulirla y mantenerla habitable,
palacio para los hijos de Dios, siempre perdonados, siempre
acudidos, los hermosos hijos de Dios que se comportan mal
como todo hijo de rey entre sus privilegios,
y el Gran Padre condesciende,
pero reserva para el final su mano inapelable.
En la paz el sufrimiento. Resultado de un predominio.
Muchos de los nuestros prolongan edades prehistóricas.
No somos contemporáneos de nuestros contemporáneos.
Y desde los centros del poder mundial, calculadas
y sutiles manipulaciones nos empujan a su arbitrio.
Envilecen nuestros precios, roban nuestro trabajo, y perma-
necemos en la pobreza.
Construimos nuestras viviendas en los lechos secos de los
ríos, y cuando regresan las aguas
desaparecemos en las aguas.
Nuestras casas construimos al borde de los precipicios,
en las faldas de las montañas,
sobre cordilleras de piedra las construimos,
y el viento y el huracán nos arrojan a los abismos con
nuestras bestias queridas, nuestras compañeras.
Al borde de los caminos construimos nuestras casas,
las construimos en las orillas de los ríos,
y después flotamos en las grandes crecientes de invierno
con nuestras gallinas y chanchitos.
Sobre cualquier pedacito sobrante de tierra
construimos nuestro albergue,

en lo más alto y árido lo construimos,
y en lo más bajo y lacustre.
Poco vestido tenemos, poca comida tenemos:
con un calzón, con una saya;
con un pescadito y una cebolla;
y el agua de coco que es misericordiosa porque
sirve también para los enfermos y los heridos.
En el mar los gigantescos portaviones acorazados y
los submarinos nucleares ocultos entre los peces.
Juanito pescó un submarino nuclear, una noche que
estaba pescando y se dejaba venir la tormenta.
Se asustó muchísimo y dejó que se fuera, porque
los submarinos son como el pez eléctrico, que no se come.
El niño desnudo que buscaba la cabra encontró
una granada explosiva que no se le había perdido a él,
y es sobre nuestra condición que se elevan
los augustos himnos del progreso.
El mar y el cielo contra nosotros,
artefactos disimulados entre las estrellas nos espían,
y no conocemos más abundancia que la
de nuestros corazones.
La noticia del día es que la gente humana padece hambre,
diez mil años después de haber sido inventada la agricultura.
Como en Hiroshima, como en Vietnam, como en España,
como en tantos otros santos lugares,
nuestras casas a la deriva sobre la espuma del fuego.
Cinco aviones disparando a razón de
18.000 proyectiles por minuto

equivalen a 90.000 proyectiles contra nosotros por minuto,
y ésta es nuestra primera lección de aritmética.
Pero lo peor es que nosotros mismos somos
obligados a pagar los aviones y los proyectiles,
y por eso es que tenemos hambre.
Preguntan si esto es poesía de la buena, o de la mala,
y el poeta dice que es de la mala,
de la que dijo Blake que nadie cree
que la poesía pueda causar daño alguno,
de la que dijo Juvenal que la indignación
es la inspiración del poeta: *Facit indignatio versus*.

LE DAT

Cuando llega el otoño te visito.

Cuando llega el otoño te visito.
En un pozo color de crisantemos
te lavas las cejas
y mi corazón se llena de un beso otoñal.
Un tiempo detenido se inflama de lluvia nocturna,
la colina y el sendero están cubiertos de hierba,
las mariposas y las flores coquetean
llevando y trayendo el polen con el céfiro.

Tus cabellos al viento se secan
y huelen a cantos de pueblo.

Este otoño tan tuyo
y el azul tan alto.

Muy a lo lejos muestras tu rostro.

Muy a lo lejos muestras tu rostro.
Como si fueras todavía una criatura
regresa tu sombra
rodeada de un blanco que anula el marco
de las nostalgias.
Nubes y chaparrones del otoño

Cuantas estaciones en una sola
Insomne jardín Perfumes de flores de ausencia
Estás y no estás
En Lâu una sombra es palabra
Un puente se estremece.

La vida es corta, de verdad.

La vida es en verdad corta.
Las noches son largas de mentiras.
Los sueños nos urgen.
Miles de antenas de metal aputan al viento y los cielos.
¿Qué edad, de lámpara de luz, tienes, callejuela?

Lanzo el corazón al viento.

Lanzo al viento mi corazón
y una barcaza recoge el amor.
El océano es un raudal de colores
y fuegos de candilejas.
Al fondo un telón de verdes.
Al fondo el sonido de las trompetas.
Hay un idilio que cubre nuestro amor.
Y el corazón se deshace comido por moluscos.

Brujerías

Tus manos dejan volar un pájaro de alas púrpuras
que roba mi corazón y vuela hasta los cielos infinitos.
El amor es eterno en los desiertos de las páginas de un libro,
la sombra de un pájaro que vuela
sigue un corazón que ha sido robado.

LA DESNUDEZ DE
KRYSTYNA RODOWSKA
Iwona Smolka

El título de uno de los últimos libros de Krystyna Rodowska (*L w o w*, 1942) es una provocación. *Más cerca de la desnudez* nos impone múltiples implicaciones, obligándonos a reflexionar sobre el significado de la desnudez en esta poesía.

Recordamos entonces los poemas eróticos intensos y atrevidos de Krystyna Rodowska, el coraje con que trataba los temas de amor. Recordamos toda su poesía anterior, doblada de sombra metafísica. La desnudez del



cuerpo, la desnudez del espíritu, en trance de conquistar su autonomía, y en fin – la desnudez del lenguaje que aspira a una condensación máxima, apegado al mundo de las cosas; todo está fundido, dándole a esta poesía un carácter

muy aparte, inconfundible. Su «desnudez» implica también la pureza de ser, que no necesita vestirse con adjetivos y metáforas bizantinas.

La poesía de Krystyna Rodowska se plantea la tarea de ver lo que pasa detrás de los acontecimientos, las

emociones, los sueños, penetrando hasta en las expresiones del lenguaje popular o las banalidades, aparentemente insignificantes, donde ella descubre el sentido hasta entonces insospechado.

Uno de sus poemas se titula «La mueca». La cara deformada es siempre la misma y sin embargo parece distinta, como si hubiera sido convocada a revelar lo que apenas está emergiendo de ella. La mueca cubre y al mismo evidente y cotidiano, está chocando con un instante en que de repente se percibe «el chasquido de advertencia/ de tus propios huesos».

En la poesía de Krystyna Rodowska sucede con frecuencia, que el parpadear del tiempo, un brillo de revelación transforman la visión de la realidad, siempre dispuesta a cambiar. Este credo, casi una «ars poética», suena bastante perverso. Pues el acechar una chispa del conocimiento intuitivo, el profundizar en lo que queda oculto, en realidad no se hace «a tientas», de una manera fortuita.

En la obra de Krystyna Rodowska no hay nada casual. El hambre de conocer, tan suya, la hace apuntar el detalle con una precisión ejemplar. Ella siempre quiere estar «más cerca de la desnudez», de la que define la esencia de todos los fenómenos y los seres. En la poesía de Krystyna Rodowska, sensual y conceptual a la vez, se conjuga el camino de iniciación con el erotismo y con el drama de la desnudez última.

KRYSTYNA RODOWSKA

Encuentro

1

Hace años que no nos veíamos.
En el mismo país.
Bajo la otra estrella.
Volaba entre nosotros la avispa de hostilidad

2

Igualmente joven, igualmente viejo.
Un río desconocido fluía por su rostro.
Demostraba públicamente sus experiencias
con la luz y hacía pasar la humanidad
por el ojo de la aguja del sexo.
De esta manera demostraba que estaba
vivo y seguía cantando.
Abrí la tumba de mi propio puño apretado.
Con lo que he visto
Todos ustedes sueñan hasta hoy.

3

El enemigo de antaño se encontraba bajo el techo
medio consumido de aquella noche.
Con los labios cortó la hoja de mi mano,
algunos acontecimientos dejaron leer en ellos.
Queríamos avanzar, por eso retrocedimos, en dos voces.
Purificando el terreno del encuentro
damos pasos, cada vez más atrás.

Provenía de una región de Polonia,
detrás del río Bug.
Nuestras abuelas y nuestras madres volvían a dar a luz.
La noche andaba de blanco como una clínica iluminada.

4

La pequeña estatua de Buda en posición de loto.
Las plantas y los cuadros trepando las paredes
hacen el amor; oigo su aliento.
Los pocos muebles transmiten la idea de lo imprescindible.
El puesto de vigía de la cama
protege la vida insomne de las llanuras.

5

Mi amigo preguntó por primera vez
si no tenía yo hambre.

6

Comíamos: él y yo, y el rayo del sol
que habitaba el cuerpo de su mujer,
erraba por los rostros,
agregaba silencio al té caliente.
Se multiplicaban pastel y cigarrillos.
Hablabamos de las pirámides mayas y aztecas
Y de las fantasías de Daëniken.
Hablabamos de cualquier cosa.
Cualquier cosa se volvía una conversación.

7

Nos veremos un día, cuando yo me vaya».
Al despedirnos, dejamos asomar la eternidad.

8

Entonces, un rápido ascensor de silenciosas alas
me arrancó del lugar.

Apagón

Oscuridad repentina.
Vuelve como un hado en las garras silenciosas de una bestia.

Como si nada hubiera ocurrido.
Escucho como los árboles se alejan de sí
mismos con un murmullo cada vez más alto,
cómo la hoja rasguña en el balcón con su pezuña muerta.
Cada vez más ecos toman parte en la audición,
Que sólo ahora está para mí.
Y de pronto, un saco sobre el cuerpo,
ligero, todo de negro aliento de los invisibles.

La oscuridad es natural. El oído afila sus cuchillos,
igual que unos milenios atrás,
cuando al anochecer, a las ranuras
de la cabaña les entraba el sueño.
Me viene el miedo de aquellos tiempos.

Un perro ataca a un transeúnte que grita de dolor.
La oscuridad tiene colmillos de seda.
De dónde esta sorpresa,
Esta sensación de que alguien nos quitó el lenguaje
de las cosas, de los muros del poema
que resplandece en la lectura?

Un momento de luz es una gracia inmerecida.

WANDA COLEMAN

Papimozo

Con papi caminando hacia el atardecer
a lo largo de las viejas vías del ferrocarril
bajamos por la calle 103 de Watts
estoy en cinco años con trenzas y flecos
y con la flor de maíz azul impresa en mi chaqueta mami hizo
el sol, una enorme sonrisa de cobre
sobre nuestras cabezas se atisban los nubarrones
papi agarra mi manita café en
sus enormes puños de boxeador.
Saludamos al rielero cuando
caminamos más allá.
Brinco para mantenerme en sus gigantes pasos golpeando
las rocas de granito así yo voy mirando
a los desamparados en nuestro camino a casa de mami.

2

Yo y mi hermano George hemos estado haciendo travesuras
pensamos que podemos correr más rápido que papimozo
y esperar en la puerta principal.
El nos corretea alrededor de la casa dos veces
entonces nos hace pasar, riendo decimos uh-oh sorpresa,
paramos en nuestras marcas y corremos de vuelta
por el otro camino él se da la vuelta, nos cacha, me sostiene,
nos agarra entre sus piernas y él saca a George de ahí
y lo eleva como pluma por el aire
entonces nos da una tunda.

3

Papimozo sorprende a mamimoza
con la última gran pieza del dominó, *cariño*
entran en un apachurrado beso y comenzamos a reír
pusieron eso en la vitrola y nos muestran cómo es el
boogie woogie y el *lindy hop*
decimos ooh ahh cuando él la pasa de un tirón por su espalda
y la hace columpiarse entre sus piernas
entonces ponen algo lento
y nos mandan a la cama.

4

«*Papimozo, Papimozo, Papimozo está en casa*»
corremos para saludarlo «*¡así no me llamen más!*» su jefe
es agudo y rudo.
Corremos llorando hacia mamimoza
«*Su padre es negro. La gente blanca
no respeta a los hombres negros por eso los llaman mozos
pero ustedes pueden llamarlo de cualquier otra forma*»

5

Hemos estado peleando.
Mamá va a estallar nuestro trasero termina
doliéndonos en la espera del otro azote.
Mamá toma una vara del árbol de durazno
todo lo que necesita para estallar son esas
poderosas manos negras en casa, él nos da un sermón.
Hermano y hermana necesitan amarse y respetarse.

A los 10 y 12 estamos demasiado grande para estupideces.
George toma lo suyo primero
yo ideo una forma para salvar mi culo.
Relleno mis pantalones
con un libro envuelto en una toalla como yo vi en la tele
George tiene lágrimas calientes y mocos. Es mi turno
PAH PAH PAH. Finjo un buuu huuu
«¿Qué es esto?» sorprendido él lo encontró, lo saca
de la toalla. El libro cae sordo hacia el piso
él ríe y ríe bien duro
él casi esta llorando y me nalguea al mismo tiempo
y yo estoy riendo y llorando y estamos
juntos riendo
y mierda eso si lastima.

6

Una terrible mañana el estallido vino a casa en un sudor
él ha ido a la tienda como de costumbre
todo se ha ido. La imprenta
los escritorios, los archivos. Los libros contables.
Todas las malditas cosas
su socio lo había timado
«¿Qué vamos a hacer?» se lamentó mamá
«No lo sé» dijo muy calmado
yo iba fría y caliente
él salió del cuarto, de un portazo abrió la puerta
y fue de nuevo a las calles.
esa es la única vez que lo he visto llorar
y eran lágrimas con la intención de matar

7

El teléfono grita. Yo salto de mi sueño
es mamá. ¿Puedo ir? Papá se ha caído
contra la puerta del baño. Ella no puede abrirla
no sabe si él está lastimado
otra vez es el ataque provocado por la cicatriz
de donde ellos quitaron el tumor. Si
voy en camino. Y cuando estoy a punto de irme
el teléfono suena otra vez. No
no tengo que ir. Los chicos vienen para acá
dice pero yo voy como sea

8

Llevo a mi padre a las colinas de Sion
la noche del miércoles para la reunión del rezo
hace mucho tiempo que soy una mujer
hace mucho tiempo que él es grisáceo y abuelo
él busca en su cartera por una tarjeta y me
la da, sus manos hinchadas/acolchonadas con
enfermedad ¿Quizá me gustaría venir alguna vez?
¿Cuando yo no esté tan ocupada? Ellos tienen un buen coro.
Tomo la tarjeta, digo está bien digo quizá
y espero pacientemente verlo como él lucha
para salir del auto con ayuda de su bastón
y a su manera se encamina hacia la luz
de la puerta abierta.

TEUCO CASTILLA

La anciana y el gallo

La anciana en cuclillas
tiene la misma altura que el gallo
que tiente un paso, cerca,
sin saber si ella es gente
o leña.

Todo se ha derrumbado en la mujer,
menos los ojos clavados
en un antiguo porvenir.

Algo ha emboscado al tiempo
que no cesa
ni mueve esa balanza.
Algo espantó la naturaleza
de estas dos criaturas
feroces y exactas.

No queda nadie en el mercado de Rantepao.
La noche no oscurece al gallo, su hora alerta,
ni a su enemiga:
la vieja que está y no está allí
fija
 mirándolo
 desde el último día.

Hacia alta mar

Entre lo móvil y lo aparentemente inmóvil
la velocidad difunta
de una estrella
y en el aire
 la plata de un pez
quemada por la oscuridad.

Tarde pasa la muerte
 tras de su imagen
tarde nosotros por la antigüedad del mar
señales
 en nuestro final naciendo
 sólo señales.

Nada hace pie
 nadie ha llegado

el universo sucede
 antes
 de su instante.

Iguana

Siglos durmió en el barro
lamida por el fuego
por las viudeces de la luna
por la baba de la vía láctea
y de los insectos.

Alzó su funeral
y con lenta alevosía
agrisó la tierra.

A veces baja hacia el mar.
el ojo letal mide la jaula de agua
mientras la lengua negra
devora las libélulas,
señales de la distancia.

Se hunde en la jungla. Su huella
es una línea, un camino
entre cuatro garras.

Está en Tiomán. Es inofensiva.
pero desea algo
que nosotros saqueamos.
Y tiene memoria.
Y no tiene alma.

El buda de jade blanco

Inmóvil en el semen del jade blanco,
el joven príncipe,
con la abismada belleza del que no ha nacido,
mira con sus ojos, los tuyos y los míos. Todos miramos
en él, desde muy lejos,
desde un lugar que nunca
podrá ser destruido.

Todavía es apenas
esta semejanza sola
que de tocarlo se desconocería.
Un atributo libre, sin persona,
un vuelo
persiguiendo un pájaro, como persigue
su suicida
un precipicio.

La soledad nos hace visibles:
imprime el mundo
sin nosotros.

Alguien que fui yo me mira desde el Buda,
alguien, cuando yo no era, sonrío, compasivo.

PLINIO CHAHIN

Narración de un cuerpo

I

Si todas las cosas están vacías y perfectas
¿Quién es el celebrado
y por quién?

El dolor es tránsito hacia el Otro
Obra increada tiempo de Nadie
Pues si el Otro se alza o sucumbe
Si en sí mismo inmóvil se planta en exterminio
Para que sus miembros no se pudran o separen
Para que la piel como eco de un fantasma
Alcance allí la perfección
Como la nada informe
Agogé que la Inmémora desborda
¿Cuándo y por qué la celebración entonces?

Conocerás tu voz
Y los astros como la obra que en un punto se calma
Abandonada en sí
Dentro de sí
-perlas de efusiones vacías-

Conocerás la ansiedad que va escondiendo
del aura su designio
Del acorde los vestigios que se cruzan
El juego tropésimo del lujo

Errante como el duende del insomnio
Y el contraste emergido de tu cuerpo
Embriagando la demencia

¿Por qué todo comienza?
¿Por qué a la izquierda es pálida
Y el nombre es entidad negación
Isis libando a la izquierda?

II
Ay de que quienes madrugan en busca de licores
Y quienes trasnochan degollando
(danzantes más culposos) vacas cabras turbulencias
Perdidos se repliegan desretornan
-somáticos puntos de fijezas-
Y no hay gozo en el acorde
ni se sienten vivir en la continuidad
pues el amor es la única entidad
que la belleza gana al infortunio

Ah qué alivio se fuga del sosiego
y sin embargo ahoga el pie bajo la luz perpetua

Adoración de los biseles
La figura así creada
Luce el escorzo del azar
Incorpora vacío a los presagios

Un cuerpo desnudo aun más
Sucesivos persisten los designios
¡Lianas del vientre de la diosa!

Afelpado y blanquecino
El reposo de ese cuerpo
Es la sombra que proyecta el raciocinio
¿Piensas en un más allá vacío
O es la prefiguración de la conciencia desgarrada?

III
Raspa el espejo consume su apariencia perentoria
Despuebla la presión de sus principios
Nostalgia infinita de toda simetría
La cáscara perfora la figuración
Frótate los ojos
y empotra el miembro con suave vaselina

¿Quién enrosca un elíxir?
Es el personaje aquél que figura
otras pelvis relapsando algún diorama a la mirada
cuando el verosímil de la Imagen se inmiscuye en sus vidas
hasta entonces imprevistas

IV
Oleaje dulce fugaz incandescencia
Bellísimo como los abismos
La música del universo

La ilusión de tu roce no es
Repliegue otrora de tu muslo
Cuerpo ilusorio—*shajan kaja*
Ay como eres sexuada del arco
Gozante alejando la melodía
Arbolando empujándola hacia la confusión
Oh melodía que flota en la
Calma camina y fluye y se difunde

V
Avanza sobre el arco fluye la diferencia que distiende
Abandonada en el cuerpo se vuelve
extinta de vigor Obedece
¿Qué ocurre entonces?
Un minuto quizás hasta la incandescencia
Ay tanto más hondo el tiempo que la colma
cóncavo el espíritu una noche en las cumbres
Puro espacio ininterrumpido alrededor del ser
retuerce del paso y abre el alma hasta la vastedad
tras los anillos de tus senos hasta la inocencia del prodigio
Mojada temblando tan divino en mi mano
besaba el entonces ardid
Recién cuajado por el ámbar
En otro tiempo desdeñado y muda
hoy encanto de dioses y de fiestas

DIEGO VALVERDE VILLENA

Un solo cuerpo

Tus manos son mis manos

Tu cuello mi boca

Tu espalda mi lengua

Tu rostro mis ojos

Tus hombros mis dientes

Tus dedos mi piel

Tu tobillo mi talón

de Aquiles

Elegante como un vampiro

Comerme tu corazón

Que mi cuerpo sea tu cuerpo

Que tu sangre sea mi sangre

¿Qué otra cosa puede importar?

Lunares

¡Juro que el lunar estaba aquí, aquí...!

Levanto con mis ojos el naipe de piel
y no está

¡Pero si ayer lo vi ahí!

¿Por qué cambian de puesto tus lunares?
¿Qué los hace peregrinos?
¿Qué poderoso magnetismo rige
sus extraños movimientos?

¡Ah, tus andariegos lunares...!

Son los puntos de los dados de Dios.

Ruedan por el tapete de tu piel.
Cada mañana, cada tarde, cada noche,
en los pliegues trucados de tu cuerpo
se juega mi Destino.

Iconos

I.
Escribo mi plegaria en el espejo
Tu mirada me responde
Pedid y se os dará

Tus ojos son la escritura de Dios

II.
Pie desnudo para el sancta sanctorum
Mirada desnuda para el corazón desnudo

Entro desnudo en tu altar desnudo

Aherrojado mi cuello a tus tobillos
mis pestañas tus ajorcas

Milagro tus pies desnudos
caminando por mi corazón en brasas

III.
Los ateos son dignos de misericordia

No han visto tu cuerpo

DAMIÁN KUDRIAVTSEV

Gagarin

1

sigues viva aún
como el agua que fluye
como germen que estalla en mi palma
como colibrí que vuela de mi lengua
y fluyes todavía como

2

sonreías comías bebías limonada
de qué modo engañabas a su nube
a sí mismo se multiplica el reflejo
un observador navega en el cielo hasta
que capta su pupila de águila
ve el cuadro en el vacío
donde pende de un borde el silencio
solo que los sueños de él están sin nombres
solo que los sueños de él son indescifrables.

3

yo mismo por ahora
soy río
yo mismo al inclinar la testa
a la magia le sonrío un instante
ya llegará y yo
seré el condenado
yo mismo

4

marchémonos contigo
a aquel paraje
donde el edén finge de verdad y se disuelve
lo recuerdo exactamente, recoge tus cosas
de madrugada vámonos
y que difamen

marchémonos contigo lejos
al filo del mar y de la arena
donde están cerca la muerte y el entierro
y lanza un grito la gaviota

Cisne

1

arranca y pon la burundanga
escupe en el plato mariguana
y una hoja de beleño cuando seque
no importa a dónde mires
o arrojes
la granada
llévalo en tu mente con su aura
así lo recordarán para siempre
amén

2

no seré yo hijueputa quien deba blanquearme
como un cisne
sobre lo que ha sido desteñido y derribado
y no me importa hoy
cuál puede ser el origen del carnet

apenas logramos cruzar el campo minado
no quedan sino cuatro costados
no queda sino una guerra que no vale un centavo
y en ambas sienes las canas del soldado
para que durante la parada sea todo
exhibido con televisiva vanidad

3

no hundas la faz en el Corán
orientado por el nombre que vigila
observa como carneros de otras fronteras
a mí me expulsaron a la hoguera

cuando la vida misma
me importa un cero
mantén la alineación del recluta
y vuelo no como un cisne
me levanto como el ave fénix
sobre la cabeza postrada
sobre el campo bélico en silencio
sobre el belcebú de las nubes de Moscú

y lo cubro
con una locura de vaca
por su salud bebe en una palabra
en su día cuarenta.

4

y qué me importa cantaré
que hasta el fin no han olvidado
la lengua natal en invierno o
el riachuelo mudo de ajenjo

y que me importa permanezco
donde la memoria de su trampa
aun no la envuelve un pañal blanco

lo juro no olvidaré sus nombres
ni sus últimas palabras

5

acerca del virtuosismo en poesía allí
al otro lado del planeta
acerca del virtuosismo parecía
que cuando el viajero levantara la mano
y adiós dijera a sus compañeros
en medio de América habría
un interruptor que desconectaría uno a uno
a cada renglón de su metáfora
pero no resultó

AUGUSTO RODRÍGUEZ

Prosas

Soy un niño sin su padre, que le crecieron las alas más de la cuenta, que tiene una herida de bala en el corazón que nunca cicatrizará. Mis palabras son piedras nuevas en un lenguaje que nadie conoce. Mis antepasados yacen en fotos tal vez ellos volvieron a ese edén donde no existe el tiempo, ni dioses, ni ángeles castrados. Ese lugar donde aprendimos las primeras sílabas, de esta lengua maternal que no nos pertenece. Quisiera volver a esos primeros años donde mi cuchillo de juguete se clavaba en la carne de otros niños, sin peligro de muerte y sobre todo sin peligro de las mentiras vergonzosas. ○ para matar a su padre, ese infeliz drogadicto o alcohólico que lo golpeaba desde los primeros días, que lo obligaba a pelearse con él para que vaya aprendiendo a *ser hombre de una maldita vez*, aunque terminara con los ojos y los dientes rotos. ○ para matar a su madre, esa bella animal que lo parió un día y que lo obligó a vivir una realidad que nunca exigió, ni al más ruin de los dioses. ○ para matar a sus hermanos, hombres sin tiempo y sin rostros que viven a la sombra del dinero o de mujeres nocturnas en los bares clandestinos de un puerto que ahora desconozco.

¿Cuándo volveremos a habitar esa tierra desconocida? ¿Cuándo seré otra vez el niño que corría por el mundo, sin miedo al cuchillo asesino del hombre? el niño que corría sin mayor preocupación que reír o saltar la cuerda cuidándose de no romperse las rodillas, los codos o la cabeza. De subirse al carrusel, al tobogán o a pedalear en la vieja bicicleta familiar bajo el tórrido y crudo invierno. Ya no

puedo sonreír ni llorar. Ya no deseo seguir habitando esta tierra que no me pertenece. Esta tierra antidemocrática que sólo me obliga a respirar basura, *smog* y muerte. Esta tierra que se parte en pedazos, que se quema lentamente desde el centro y que pronto moriremos carbonizados. No puedo seguir sonriendo. No puedo seguir, *me cuesta mucho ver morir a los niños descalzos en el fondo del mar*. Ver a los enloquecidos ancianos morir en hospitales o en los manicomios. Deseo volver a esos primeros días, antes que sea demasiado tarde. Antes que me congele en esta habitación fría, por un viento artificial que de a poco me destroza. ¿Qué habrá en el fondo de la infancia? acaso el secreto que perdimos en uno de nuestros viajes sin regreso, sin retorno a los días de la vejez. Quiero irme de aquí pero no sé a qué hombre dejarle las llaves de mi cuerpo.

Somos hombres de piedra que viven a la deriva de un mar monstruoso, de un mar mudo y sordo que no nos habla o escucha. Tal vez los ahogados sean seres más felices. Nosotros estamos condenados a vivir en esta tierra hasta el final, así vengan los dioses más lejanos o los ángeles; nosotros estamos encerrados a vivir en el territorio de la vejez. La vejez es nuestra última morada o isla donde acabar con los días que se repiten y con los últimos recuerdos que nos van quedando en el fondo de la habitación de nuestra memoria, tan frágiles como cristales de un mar asesino que nos arrastra con violencia. Somos cadáveres que arrastran el río o el abecedario de los ancianos que ya no recuerdan, que ya casi no respiran, que ya están cerca de convertirse en pájaros o en

mamíferos que nunca conoceremos. Mamíferos que saldrán hervidos, en las ollas de las tribus de aborígenes más recónditas de nuestra geografía humana. ¿Por qué no escuchamos nuestra selva interior?

Somos pájaros que salieron de su nido sin rumbo y que han olvidado el camino de regreso o somos decenas de mamíferos que vendieron la leche maternal al mejor postor. ¿Por qué los hombres se olvidan de sus recuerdos, de sus primeros besos, de los primeros abrazos? tanto nos cuesta relacionarnos con nosotros mismos, que vivimos llenos de máscaras y vamos como transeúntes anónimos, desplazándonos por cualquier dirección o calle, sin importar de dónde venimos o a dónde vamos. *Los hombres somos los eternos náufragos de esta tierra*, de este mar sin nombre, que es testigo mudo y ciego de nuestras desgracias. Somos los hijos sin madre, sin padre, que buscan entre las habitaciones de las casas, a sus familiares futuros; pero que dejan botados en las calles a sus hijos anormales o diferentes sólo porque son distintos y no los reconocen, así tengan sus mismas cejas, sus mismos ojos, sus mismas líneas de las manos; líneas que les recuerdan una y otra vez el camino al edén.

LUIS ARTURO RESTREPO

El cielo está rayado de arreboles

El cielo está rayado de arreboles
y un ruido de cigarras
rompe la pasividad de la tarde.

Sobre los techos de lata regados por la ladera
un reflejo de sol juega con sus rayos en la distancia.

Se va haciendo de noche.

Las mariposas recogen sus alas
y una pareja de azulejos salta de teja en teja
buscando dónde reposar su vuelo.

Se va haciendo de noche

y el silencio se toma el paisaje
con devoción antigua,
no queda más que cerrar los ojos,
mañana el día brillará de nuevo
y el sol se hará uno solo con el trigal.

Angelita me tomaba de la mano

Angelita me tomaba de la mano
cuando el columpio
ya rozaba los copos del zapote
y con cada ida y vuelta hasta el cielo
iba mermando su risa
hasta que el viento nos perseguía mudo
y el silencio se hacia más sencillo.

La plaza del pueblo

La plaza del pueblo
-desorden de colores-
tiene un tono particular
y los arrumes de verduras bajo los toldos del parque
sueltan al aire sus olores convocando a las gentes.

Las mujeres viejas, bajo sus sombrillas ajadas,
gritan con fuerza
saturando el mercado con nombres de frutas.

Las más jóvenes coquetean con los muchachos,
mientras, en una balanza oxidada,
pesan las compras del día.

Los yarumos dan un poco de tibieza a la mañana soleada.
El día es monótono pero bello:
primero la bendición en el atrio de la iglesia
luego el mercado para la semana
y volver los pasos
sobre los caminos amarillos y angostos
remontando las mulas.

Recuerdo del amor

Recuerdo del amor
sus alegres ojos verdes como de pozo profundo
y sus cachetes colorados teñidos por un sol frío.

Me sentaba en el techo del gallinero
a mirar a aquella niña:
recuerdo sus manitas cargadas con el pasto para las vacas
y su menuda cabeza con un trapo
blanco que sobresalía entre el verde.
Parecía una flor de rastrojo.
Simple pero bella. Infinitamente bella.

Allí se me iba el día entero
en ese primer amor que nunca lo supo
en ese primer amor virgen y callado
como el verdadero y único amor.

PACO UMBRAL (1935-2007)

Luis Antonio de Villena



Todos sabemos que Paco Umbral fue un animal literario, un hombre que todo lo quiso y a quien por ello, a fin de cuentas, la literatura le importaba más que la vida, aunque supo muy bien que la feroz literatura se alimenta de vida, como los felinos...

Pero también fue un dandi. Sólo él y yo –perdón- supimos que un *dandi* no es un tipo elegante, sino un disidente que se traja con arte extraño para mejor lucir su disidencia como gardenia artística o guante amarillo. Su bufanda era dandística, pero también su mal humor, ese gusto que Whistler tituló «*El noble arte de hacerse enemigos*». Todo dandi. Su biografía no podrá ignorar que para un artista la mentira cuenta más que la verdad, no sólo porque sea más creativa –que a menudo lo es- sino porque lo que los demás perciben externamente como falsedad, en el íntimo corazón del dandi es la auténtica verdad, la más abismática, la más honda. Umbral jugó esa baza de continuo y habitualmente no lo

entendieron. Se empeñaban en llevarle a la realidad que no era artística, es decir, la que él no quería, la que no le interesaba sino era política. Y hasta creo que de la política terminó, a la postre, haciendo sólo dandismo.

Para sus amigos y devotos fue un genio de la literatura, del periodismo y de la lengua, a la que amaba tanto como para zurrarle o acariciarle al tiempo. Para sus enemigos (que cultivó, como lo hizo Cela) era un ganapán de las letras, una mentira viva, un titiritero en sus apariciones públicas. No valía nada. Ciertamente gustaba de impostar la voz, que siempre vivió de lo que escribía, y que sería difícil hallarle alguna amistad auténtica (los devotos no son amigos) que no fuera la escritura misma. Vivió sólo en literatura y para la literatura y vendía el alma —y el cuerpo— por una buena página. Jugaba continuamente al dandismo. Yo creo que le hubiera gustado suicidarse y lo hizo en muchos artículos y entrevistas. Siempre fue comunista (aunque no lo dijo en los finales años del franquismo, donde bastaba un tufo de heterodoxia) y en sus pocos últimos años coqueteó con la derecha liberal, probablemente para seguir siendo políticamente incorrecto. Fue un total animal literario, y por eso llegó a publicar cerca de cien libros, sino más. Sería absurdo decir que todos son excelentes (pues él mismo no se cansaba de reiterar que muchos los hizo sólo por dinero) pero no menos absurdo declararlos pésimos a todos. Sus libros de crónica («La noche en que llegué al Café Gijón», por ejemplo) o las crónicas sociales y eróticas de sus amores o amoríos (verbigracia «Los amores diurnos») quizá sean, a la postre, lo mejor de su vasta producción. Además estaba el artículo lírico y la novela lírica...

Sólo ahora se podrá empezar a juzgar al misterioso Umbral, de quien tan poco sabíamos. Él apenas dijo de sí que fue tuberculoso en la posguerra, que era autodidacto y que le gustaban las señoritas bonitas y jóvenes (necesariamente jóvenes), los aristócratas hueros y linajudos, ah y los gatos, sus siempre admirados gatos a los que ponían nombres de casas de lujo: Chanel, Dior, Loewe... Adiós, Paco.

Jaime Jaramillo Escobar (Pueblorico, 1932), autor de uno de los libros capitales de la poesía colombiana, *Los poemas de la ofensa*, ha recibido, entre otros el Premio Casius Clay y el Universidad de Antioquia.

Le Dat (Hanoi, 1922) a mediados de los años cincuenta comenzó a publicar poemas de nuevo tipo en la revista Nhan van, pero sus comentarios en La bodega de Le Dat le hicieron un “poeta reaccionario” y problemático. Fue expulsado del Partido Comunista y reeducado cuidando bueyes. Sólo en 1999 fue reincorporado al partido y pudo volver a publicar. Versiones del francés por Umberto Cobo.

Krystyna Rodowska (Lwow, 1942), maestra en letras de la Universidad de Varsovia, ha traducido numerosos poetas latinoamericanos. Algunos de sus libros son *Abajo fuego, arriba fuego*, (1996), premio de la Fundación de la Cultura en Polonia, y *Hacia la desnudez*, (2002). Traducciones de la propia autora.

Wanda Coleman (Los Ángeles, 1946) ganó con *Bathwater Wine* (1998), el premio Lenore Marshall. Secretaria, periodista y guionista, su último libro es *Mercurochrome: New Poems* (2001). Traducciones de Estrella del Valle-Seidman.

Leopoldo “Teuco” Castilla (Salta, 1947), titiritero e incansable viajero, vivió refugiado en España por muchos años y ha recibido numerosos premios. Entre sus libros más recientes figuran *Teorema Natural* (1991), *Baniano*, (1995) y *Nunca* (2001), premio nacional de la industria editorial argentina.

Plinio Chahín (Santo Domingo, 1959), profesor de Estética, Teoría y Crítica de Arte de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, ha recibido el premio de poesía Casa de Teatro y el Nacional de Ensayo. Su obra incluye los libros de poemas *Consumación de la carne* (1986) y *Solemnidades sobre la muerte* (1991).

Diego Valverde Villena, (Valladolid, 1967), doctor en Literatura Medieval de la Universidad Complutense de Madrid, ha traducido numerosos poetas ingleses de la Edad Media y es autor de los libros de poemas *El difícil ejercicio del olvido* y *No olvides mi rostro*.

Damián Kudriavtsev (Leningrado, 1971) hizo estudios de periodismo en la Universidad Estatal de su ciudad y de filología en la Hebrea de Jerusalén. Ha publicado *Poemas* (1991) y *La práctica de la poesía rusa* (2002). *Nombres propios*, su nuevo libro, será publicado este año por *Nezavisimaya Gazeta*. Traducciones de Rubén Darío Flórez.

Augusto Rodríguez (Guayaquil, 1979), ha recibido el premio Nacional de Poesía David Ledesma Vásquez (2005), el Efraín Jara Idrovo (2005) Entre sus libros figuran *Animales salvajes* (2005) y *La bestia que me habita* (2005)..

Luis Arturo Restrepo (Medellín, 1983), es Licenciado en Filosofía por la Universidad de Antioquia y trabaja como profesor de literatura y filosofía en instituciones de su ciudad. Los poemas que publicamos hacen parte de su primer libro, inédito, *Caminos de Infancia*.

LOS LIBROS DE ARQUITRAVE EDITORES

Verano Brisas
José Prats Sariol
Luis Antonio de Villena
Francisco Massiani
8 poetas venezolanas
César Bisso
Elkin Restrepo
Affonso Romano de Sant'Anna
Rowena Hill
Charles Bukowski
Cristina Peri Rossi
Du Fu
Li Bai
Ferreira Gullar
Konstandinos Kavafis
Manuel Bandeira
Montale, Ungaretti y Quasimodo
Paulina Vinderman
Raúl Rivero
T.S. Eliot
Lawrence Ferlinghetti
Bob Dylan
Harold Alvarado Tenorio
Charles Baudelaire
Alberto Da Costa e Silva